

BEATO JUAN ÁNGEL PORRO

En la estela de los Siete Fundadores ...

VIGILAR

APARTE, EN EL MONTE

A cargo de fray Camille m. Jacques, osm.



En la estela de los Siete Santos ... En Monte Senario donde se conservan los cuerpos de los Siete primeros Padres, Bonfilio, Amadio, Bonayunta, Maneto, Sosteño, Hugo y Alejo, y su memoria se siente en el suave olor de santidad (cf. *2 Cor 2, 14-15; LO 43*). Dicho perfume atrajo muchas personas a compartir su ideal de vida: ellos, en un momento u otro de su existencia, subieron a Monte Senario durante un tiempo breve o menos breve, y hoy, de las grutas, el eco de sus voces se siente todavía. He aquí lo que parece narrar el beato Juan Ángel Porro el cual vivió unos 15 años en Monte Senario y fue llamado con el sobre nombre «Juan del Monte»

Yo Juan Ángel Porro,^[1] no te escondo que, en mi vida, especialmente en Toscana donde viví casi veinte años, he tenido como una "debilidad" por el Monte Senario ¿Porqué? Te puedo decir al menos por dos motivos:

Monte Senario, «patria espiritual de la Orden»

El primer motivo es porque Senario es la «patria espiritual» o mejor la «cas común» de la Orden, un lugar preparado e indicado por Dios, como una morada para nuestros siete primeros padres,^[2] y que no tenemos jamás que abandonar.^[3] Cuando lo encontraron ellos dijeron: «Vengan, veamos el lugar preparado por el Señor y subamos al monte apto para nuestra penitencia (...) ¿Porqué esperar? Rápido, salgamos de la ciudad, dejemos toda relación con el mundo, no permanezcamos en la zona y no regresemos y miremos atrás lo nocivo para nuestras alamas, sino subamos a este monte del Señor reservado para nosotros por la divina providencia, parra que en todo podamos realizar la voluntad de Dios según nuestro deseo».^[4] Teniendo entonces, por voluntad divina, que quedarme en este monte y hacerlo hermoso con su presencia, hicieron tres tiendas de perfección, un poco como habían soñado algunos de los primeros discípulos de Jesús en el monte de la transfiguración (cf. *Mt 17, 4*): una, material, la pobre morada, fundada por el entorno del monte, construida con material de poco valor, circundada por una bella selva de árboles, embellecida por un prado de hierbas verdes; una, moral la morada especial de Cristo en la mente de cada uno de ellos, fundada en la caridad, construida por la Sabiduría, custodiada por las virtudes, embellecida por las buenas obras; y una, mística, el particular refugio encontrándose, construido por su Señora con su concordia, fundado en la humildad, conservado por la pobreza, embellecido por la pureza.^[5] Deseo que tu amigo/a de los Siervos y a cada siervo/a de María poder un día subir -como yo- al Monte Senario y revivir la experiencia inicial de nuestros primeros padres. Se conservan sus cuerpos, hay una venerada memoria, y se respira el perfume de sus virtudes.^[6]

El deseo de una vida retirada

El segundo motivo de mi "debilidad" por Monte Senario fue mi deseo de llevar una vida más bien retirada, aún formando parte de una comunidad ¿Porqué? No era por un sentido de evasión, fuga de los problemas, egoísmo, o porque la soledad y el silencio fuesen valores absolutos, sino porque, en el silencio de mi ermita o de mi celda (cf. *Mt 6, 6*), podía: conocerme mejor, purificar mi corazón, liberarme del egoísmo, vigilar, adquirir aquella actitud de amor a Dios y a las creaturas, que constituyen el término de nuestro camino religioso.

Para conocerme mejor

Los sabes: en la vida diaria con otras personas, fácilmente acusamos a los demás, cuando algo no funciona, mientras evitamos de perdonar la cuestión. En cambio, con los momentos solitarios prolongados, cada uno de nosotros es llevado a mirarse a sí mismo, con plena verdad. Y esto es importante. La soledad, para descubrir poco a poco a sí mismos, aceptarse como se es, en los lados fuertes y débiles, ... y vivir un camino de conversión, de madurez.

Para purificar mi corazón

Cada uno de nosotros, de una manera u otra, tiene que enfrentarse al mal. Como Jesús, hijo de Dios, que al inicio de su ministerio, fue tentado por Satanás en el desierto (cf. *Lc* 4, 1-13), así cada uno de nosotros, discípulo de Jesús, en la propia celda, es "tentado", es decir es puesto a la prueba para una decisión: vivir para sí mismo o para Dios solo, para realidades efímeras o bien externas. Por experiencia puedo decir que la observancia, la penitencia y la ascesis que me impuse, en la vida solitaria, me han ayudado a luchar contra el mundo y sus vanidades, la carne y sus concupiscencias,



el demonio y sus astucias,^[7] ... y a optar firmemente por el Bien lo Verdadero, el Amor, Dios, el Evangelio, ... Sólo así creció en mí, la creatura nueva y se realizó la palabra del apóstol Pablo: «Aquellos que son de Corsito Jesús han crucificado su carne con sus pasiones y sus deseos» (*Gal* 6, 24).

Para liberarme del egoísmo

«Una cosa te falta - ha dicho Jesús al hombre que "tenía muchos bienes" (*Mc* 10, 22) -: va, vende todo lo que tienes y dalo a los pobres y tendrás un tesoro en el cielo; después ven y sígueme» (*Mc* 10, 21). Palabra dura, exigente: «para tener la vida » (*Mc* 10, 17), no es suficiente observar los mandamientos (cf. *Mc* 10, 19-20) a la letra, sino es necesario aceptar arriesgar la propia vida por él y enriquecerse de su vida. Dio sólo basta; En mi existencia retirada, por medio del desapego valiente y radical, quise contentarme del mínimo necesario. Pero, lo confieso: no fue fácil poner todo en común, vivir libre de un egoísmo apego a las cosas materiales y tener los ojos fijos hacia las cosas invisibles. No fue fácil liberarme del ansia de la inseguridad económica y abandonarme a la Providencia

(cf. *Mt* 6, 25-34). Me consolaba la palabra del maestro: «Allá donde está tu tesoro, estará también tu corazón» (*Mt* 6, 21).

Para vigilar

«Tú estabas dentro de mí y yo afuera. Allí te buscaba. (...) Estabas conmigo y no estaba contigo»,^[8] escribió san Agustín, nuestro legislador, al Señor, en sus *Confesiones*. Muchas veces, es precisamente este el problema de nuestra vida espiritual: no nos damos cuenta de la presencia de Dios en nosotros ... Demasiado a menudo estamos por decirlo así "fuera de casa", en la búsqueda de dios, mientras él toca a nuestra puerta de la vida. Nosotros estamos "despiertos". Yo, Juan Ángel Porro, por medio de una vida concentrada en la contemplación y conocimiento de Dios he buscado vigilar ... Existen en

el mundo tantas voces y ruidos, externos e internos ... que distraen para mirar a Dios, He sentido la necesidad de pararme y vigilar ... ¿Qué entiendo por "vigilar"? *Vigilar*, para mí, quiere decir entrar en el silencio exterior e interior y escuchar la Voz divina en la creación, en el murmullo del viento ligero (cf. *1 Re* 19, 12-13), en los acontecimientos humanos, en la Sagrada Escritura (*lectio divina*), en sí mismo ... y después actuar según lo que Él ha dicho ... y también hablar mesuradamente, lleno de Su Espíritu. Si no hay silencio, ¿cómo se puede escuchar a Dios? ¿Si no hay escucha, qué se comunica, cómo se puede dialogar? *Vigilar* quiere decir también orar siempre, sin cansancio (cf. *Lc* 18, 1) ... como oraba Jesús (cf. *Lc* 11, 1; 9, 18): permanecer corazón a corazón con Dios. Orar como un pobre, frágil, voluble, distraído. Orar en el nombre de Jesús, de hijo de Dios (cf. *1 Jn* 3, 2), en el secreto (cf. *Mt* 6, 5), con perseverancia (cf. *Rm* 12, 12). Orar en el Espíritu Santo (cf. *Ef* 5, 18), con valentía, sobriedad y sencillez. *Vigilar* quiere decir por último, estar listo en todo momento, ansioso de abrir cuando llega el Señor y toca a la puerta (cf. *Ap* 3, 20).



Para amar a Dios y toda creatura

Una última cosa, la ermita, aparte, yo creo, pero diría, si es posible, en medio de la naturaleza ... como he podido experimentar en el Senario. No es por casualidad que fui apodado «Juan del Monte». La gente, peregrina, me encontraba en el monte, en varios lugares, en plena naturaleza. Descubriendo así la belleza y encanto de cada vida bajo el sol, llegué a ser amigo del cosmo, grande catedral de Dios, con todas sus pequeñas creaturas. Muchas veces me uní al espíritu universal de san Francisco de Asís (+ 1226) y como él canté a gran voz, con todo el corazón.^[9]

Los frutos de la tierra

Agradezco a Dios Creador que ha hecho cada cosa con sabiduría, y en particular por el milagro de la naturaleza la cual alimenta a todo viviente (cf. *Mt* 6, 25-27). Al ser humano, hombre y mujer, dije. «*Así pues, yo te doy toda hierba que produce semillas y que está en toda la tierra y cada árbol en el cual fruto, que produce semilla: serán tu alimento*» (*Gen* 1, 29). Las plantas de la tierra van cuidadas y sus frutos, consumados como alimento. Me recuerdo que un día en Milán, había salido en la huerta del convento, tomé un racimo de uva para un ligero lonche de mi enfermedad. Pero habiendo oído algunos frailes que murmuraban de eso, lo regresé al racimo, el cual de tal modo se unió con la vid, como si jamás hubiese sido cortado.^[10] Por un lado, estaba contento que los frailes tuviesen este amor por las plantas; pero por otra parte no me gustaba aquella poca atención hacia mi precaria salud ... Si tomaba el racimo de uva era simplemente para mi ayuda .. Me recordó sin embargo las palabras de Jesús: «*Por su vida no se afanen de lo que comerán o beberán ... el Padre celestial en efecto sabe de que tienen necesidad. Busquen primero el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas serán dadas sin añadidura*» (*Mt* 6, 25. 32-33).

La atención a los jóvenes

No obstante mi preferencia por la vida observante y retirada, confieso que, en algunos momentos de mi vida, he tenido que dejar la ermita y mi soledad, para ocuparme de los jóvenes. Llamado en 1384 por el prior del convento de la Anunciación de Florencia, fray Antonio M. Alabanti - que llegó a ser

después prior general (1485-1495) - a asumir por tres años el cargo de dirigir a los novicios,^[11] tuve diligentemente instruirlos sobre todo en lo que se refiere a la Orden y cómo comportarse dondequiera y en cada circunstancia^[12]; cuidé mucho mis enseñanzas y para ellos, puse también por escrito «útiles instrucciones». Cuando más tarde, en 1495, regresé a Milán y vi tantos jóvenes casi abandonados por las calles, sentí compasión. Hice el propósito de estar en la puerta de nuestra iglesia y por las calles, buscando los niños y llevándolos a escuela, les enseñaba la doctrina cristiana,^[13] los cuidaba, inspirado en el ejemplo de Jesús que tomaba a los niños entre sus brazos y poniéndoles las manos sobre ellos los bendecía (cf. *Mc* 10, 16).

Estoy convencido: los jóvenes no se tienen que descuidar; es necesario seguirlos. Son el futuro de nuestra tierra, de la Iglesia, ... y de la Orden. En sus ojos brilla todavía el sueño divino. Lo dijo también Jesús, indignado, cuando vio a sus discípulos gritar a los niños que querían acercarse a él: «*Dejen que los niños vengan a mí y no se lo impidan, porque quien es como ellos les pertenece el reino de Dios. Quien acoge uno de estos niños en mi nombre, me acoge; quien me acoge, acoge a aquel que me envió*» (*Mc* 10, 14; 9, 37).

Juan Ángel Porro

[1] Juan Ángel Porro, nacido en 1451, vistió el hábito de los Siervos en 1468 en Milán, y se trasladó en 1474 en Toscana donde recibida la ordenación sacerdotal, llevó una vida contemplativa especialmente en la ermita S. María de las Gracias en Chianti (al menos entre el 22 de diciembre de 1488 y el 3 de abril 1489) y el de Monte Senario (1477-1484; 1487-1495), del cual también prior. En los últimos años de la vida regresó a Milán, llevando también una vida apartada y dedicándose a la instrucción religiosa de los niños. Aquí murió el 23 de octubre de 1505: su cuerpo se venera en la iglesia de los Siervos. El 15 de julio de 1737 el papa Clemente XII firmó la aprobación del culto «inmemorable» al beato Juan Ángel Cf. PERRI F.M., *Il beato Giovannangelo Porro*, in: AA.VV., *I Servi di Maria nell'età delle Riforme (1374-1535) (4a Settimana di Monte Senario, 3-8 agosto 1981)* = Quaderni di Monte Senario 4 (Monte Senario 1981) pp. 129-143; MONTAGNA D.M., *Porro, Giovannangelo, beato*, in: *Bibliotheca Sanctorum*, vol. 10 (Città Nuova, Roma 1968) 1046-1051; Id., *Il beato Giovannangelo Porro da Milano (1451-1505). Testimonianze di culto dalla morte ad oggi* = Bibliotheca Servorum Mediolanensis A 1 (Convento dei Servi in san Carlo, Milano 1996) pp. 211-213 [noticia biográfica].

[2] Cf. *LO* 42; 45.

[3] Cf. *LO* 49.

[4] *LO* 41.

[5] Cf. *LO* 44.

[6] Cf. *LO* 47.

[7] Cf. TAVANTI I., *Il B. Giovanni Angelo da Milano* (1581), in: Monumenta OSM 8 (1906) p. 125.

[8] S. AGUSTÍN DE HIPONA, *Confesiones* 10, 27.

[9] Nadie podía acoger como clérigo en la Orden si no era «capaz de cantar» (*Const. ant.*, cap. 14). Siendo sacerdote, el beato Juan Ángel era pues cantor. Por otra parte, en un cuaderno-pro memoria de fray Antonio Alabanti (+1495) de Bolonia, elegido prior de la Santísima Anunciación en noviembre de 1477, encontramos la lista de unos veinte jóvenes frailes en formación coral de cuatro voces. En dicha lista aparece el nombre «Juan Ángel», posiblemente Porro, y junto a esa se lee la recomendación escrita a los cuatro maestros (también ellos frailes) para que cuiden la formación de los cantores enseñando ante todo y sobre todo las *Laudes a la Virgen*: «Magistri musicae primo et ante omnia doceant Laudes Virginis». En aquella época los priores generales favorecían mucho el canto sagrado. El prior general Antonio Alabanti (1485-1495), por ejemplo, escriturando profesores franceses y alemanes para la enseñanza a los novicios el canto y la música, llamados de la célebre Capilla Musical de la Santísima Anunciación de Florencia.

[10] Cf. PORRO I., *Breve narratione della vita del gran servo di Dio beato padre Giovann'Angelo Porro, di Milano, sacerdote della religione de' Servi della beatissima Maria Vergine* (1623), in: Monumenta OSM 8 (1906) p. 135.

[11] Cf. GIANI A., *Pius obitus et praeclara gesta B. Ioannis Angeli de Mediolano* (1622), in: Monumenta OSM 8 (1906) p. 129. Maestro de novicios beatificado por la Iglesia, fray Juan Ángel Porro puede ser considerado con justo título: «Patrón de los maestros de novicios o.s.m.».

[12] Cf. *Const. ant.*, cap. 15.

[13] Cf. PORRO I., *Origine e successi della dottrina cristiana in Milano, e suoi augmenti, delli oratori e scuole* (por Giovanni Battista Malatesta, Milano 1640) p. 104 [ver en: Monumenta OSM 8 (1906) p. 138].